

## **La cuestión de la excepcionalidad en el estudio de trayectorias ascendentes de universitarios del segundo cordón. La centralidad de Pierre Bourdieu**

Alicia Méndez

IDES-Facultad de Ciencias Sociales (UBA)

1. En esta comunicación presento algunas reflexiones sobre la cuestión de la productividad de un estudio de las excepciones, en la investigación etnográfica sobre movilidad social. Analizaré dos escenas que forman parte de la evidencia obtenida en una indagación sobre universitarios/as de entre 40 y 50 años que transitaron el camino del ascenso, pese a que su origen se sitúa en una zona de la Provincia de Buenos Aires: “el conurbano”, cuyo signo más persistente, desde mediados de la década del 60, es el declive (Di Virgilio, Guevara y Arqueros Mejica, 2015: 88). Podría decirse que esas personas le deben a la escuela, primero (no solo a la pública; la iglesia tiene en los barrios pobres del segundo cordón un gran poder territorial) y después, a la universidad (en este caso, sí) pública, “todo lo tocante a lo esencial” (Bourdieu, [1989] 2013: 43). Se trata de profesionales universitarios que se desempeñan en la “actividad académica científica humanística” (Becker, 2011: 177). Ellos hicieron un camino esforzado, dada la pobreza circunstancial o endémica de sus familias que los llevó a esos barrios alejados y con calles de tierra, la carencia de un entorno facilitador de la actividad intelectual, la falta de modelos de ascenso por la vía de las inversiones simbólicas y la ausencia de información sobre las alternativas de acceso al mundo intelectual. Así y todo, fueron cruzando —y cruzan, hasta el día de hoy— fronteras sociales persistentes no sin miedo, no sin incomodidad, incertidumbre y vergüenza.

2. La sociología, la ciencia política y la microhistoria han dado ya elementos para fundamentar la relevancia del estudio de las excepciones, esto es, aquello que no forma parte de la generalidad, que no se inserta en una serie, que no se atiene a una regla, que funciona por la comparación de lo regular con lo infrecuente. Según Carlo Ginsburg es

también posible pensar la excepción como “síntoma” de un cambio mucho más amplio” (Guinzburg, 2014:368). Según Giovanni Sartori (Sartori,1994:35) deben estudiarse las excepciones por su relación con un contexto mayor, o en contraste con una experiencia cercana o lejana, es decir, tomando como igualmente significativas lo que las identifica y lo que las diferencia. Por lo demás, estudiar las excepciones no debería, según ese autor, implicar enfrentarse a los peligros del parroquialismo: “los estudios *in vacuo* que pura y simplemente ignoran las categorías de análisis pertenecientes a teorías generales y que entonces adoptan con despropósito términos fabricados a medida y, al mismo tiempo, sin medida”.

Los “salvados por milagro” o los “pequeños milagros” constituyen una anomalía, una excepción, algo que se sale de una serie pero la necesita para constituirse como tal. El dramaturgo y poeta francés Alfred Jarry (1873-1907), a quien divertía burlarse de los estudiosos del *College de France* (Bourdieu obtuvo la *chaire de Sociologie* en 1982), inventó una suerte de disciplina, la Patafísica, a la que definió como “la ciencia que regula las excepciones”. El efecto bufo surgía del gesto de poner juntos una materia que reposaba en la construcción de regularidades –la ciencia— con un quehacer tan excéntrico a ella como el de ocuparse de “la anomalía, del utensilio doméstico cariado”<sup>1</sup>.

Pero Bourdieu, J. -C. Passeron y Monique de Saint Martin hicieron un aporte monumental con su estudio de la movilidad social trabajando juntos la regla y la excepción. Con Passeron, Bourdieu publicó en 1964 un estudio empírico monumental sobre este tipo de trayectorias escolares en *Los Herederos*. Seis años más tarde le pusieron nombre a sus protagonistas: los “salvados por milagro”, en *La Reproducción*, y diecinueve años después, Bourdieu, ya alejado de su co-autor, pero con Monique de Saint Martin, volvió a hacerlo en *La Nobleza de Estado*, utilizando en este caso la calificación de “pequeños milagros”. En esos textos son “poco frecuentes” las personas que llegaron a las instituciones que constituyen el centro del sistema de formación de las élites francesas, y esa infrecuencia dice algo. Llegaron, pese a no ser de los “buenos barrios” parisinos, pese a no ser hijos de profesionales, pese a no ser hijos de muchas generaciones de nativos. Son los que vencieron dispositivos de segregación que al menos la sociología de la educación francesa considera casi infalibles, se cuestione o no

---

<sup>1</sup> Christian Ferrer (1999) Presentación al dossier sobre Patafísica incluido en *Artefacto. Pensamientos sobre la técnica*. Bs. As. Eudeba. N° 3, septiembre.

la existencia de sus instituciones bastión. Lo hicieron pese a la existencia de un aceitado mecanismo por el cual la fracción “modernista y laica” de la gran burguesía de negocios colocó a sus hijos en los liceos públicos más “exclusivos”, primero, en las clases preparatorias más selectas, después, y finalmente en las grandes écoles —las instituciones bastión—, es decir, en el centro del sistema de formación de las elites, de “manera temprana y de por vida”. ¿Qué función cumplen “los milagros”, es decir, las excepciones “en ese proceso social de selección, eliminación y autoeliminación francés al que la creencia individual y colectiva ha dotado de una notable legitimidad? Las trayectorias —infrecuentes— de movilidad social colaboran rubricando la creencia en la igualdad de oportunidades, aunque todo el sistema esté aceitado por la idea de que “‘la excelencia’: las competencias culturales, los valores, los modales, las habilidades y las inquietudes que son patrimonio de una clase, de ciertas instituciones y de ciertos ámbitos geográficos” (Cfr. Bertrand *et al.*, 2016).

En *Los Herederos*, Bourdieu y Passeron advirtieron sobre la índole engañosa y polisémica del mérito, justamente como aquello en lo que reposaba la legitimidad de dicha reproducción. El mérito, la gracia o el talento no son atributos personales —sostuvieron— sino la trasmutación de un privilegio de clase heredado (*Los Herederos*, 106). “El mérito real tiene que ver, en sus términos, con cuáles hayan sido los obstáculos superados” ([1964] 106). Más tarde, como nos recuerda Juan Dukuen, Bourdieu y Passeron, en *La reproducción*, sistematizarían otra idea clave para pensar los “obstáculos superados” por los “salvados por milagro”: la de “violencia simbólica” y una de sus formas: la acción pedagógica<sup>2</sup>.

Si las excepciones dicen algo sobre la fluidez de su sociedad a los franceses, ¿qué dicen nuestros esforzados migrantes de clase sobre nuestra sociedad?

Existe un cierto consenso entre los investigadores sociales argentinos en que en nuestro país existió una matriz igualitarista traccionada por el mito del origen europeo de la población, por el relativamente temprano acceso de los sectores sociales ampliados, consolidados por el progreso económico y la conquista de derechos políticos, tanto a los elencos gobernantes, como a la escuela pública primero y a la universidad después; y

---

<sup>2</sup> La AP es doblemente arbitraria: por un lado, porque se funda en una relación de fuerza entre las clases sociales que no está basada en la naturaleza: para los autores no hay nada en la biología que haga que las clases dominantes dominen a las dominadas. Por otro lado, la AP es arbitraria porque delimita un cultura a inculcar (...) que no se puede deducir de ningún principio universal (1970:22, el subrayado es de Juan Dukuen:2018)

asimismo a la casa propia. Desde 1909 se sucedieron cambios en las instituciones universitarias que significaron avances en términos democratizadores. La creación de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, en ese año, y la de Ciencias Económicas, en 1913, amén de ciertas conquistas como las que trajo consigo luego la Reforma del 18 —tales como la pérdida del poder político por los sectores tradicionales y la participación estudiantil en el gobierno universitario—, comenzaron a resquebrajar la pretensión de ciertos círculos que pugnaban por hacer de la educación universitaria, como escribió Halperin Donghi, “una suerte de privilegio social”.

Así, se dio un contexto de “democratización” comparativamente temprana de su sistema educativo, en el que tuvieron protagonismo ciertos “espacios cívicos de encuentro multclasista” (Fuentes, 2015): los colegios nacionales. En la Argentina, a diferencia de Francia, no ha existido un circuito de instituciones que, con el aval del Estado, hayan garantizado el acceso a los más altos puestos de la administración estatal, de la empresa y de la universidad, pero algunas lo habilitaron más que otras, al menos para los hijos de la inmigración europea, urbana y blanca. Sus alcances parecen haber llegado hasta al menos la primera mitad de la década de 1990, es decir, mientras, junto con el aumento de los índices de pobreza desde fines de la década de 1980 (lo que Minujin y Kessler (1995) llamaron “la nueva pobreza”) se comenzó a implementar un proceso de transformación en el nivel medio del sistema educativo que asimiló a esas instituciones secundarias a las estructuras de gestión provincial (Cfr. Mataluna, 2018). De todos modos, ya desde el último cuarto del siglo XX se venía profundizando la desigualdad educativa existente. Es decir que a medida que se iba produciendo la expansión de los distintos niveles de enseñanza y su masificación, algunos sectores fueron cooptando y colonizando determinadas instituciones. Con la crisis del 2001 no sólo se cerró un ciclo basado en la ilusión de la integración del conjunto de los sectores sociales, sino que además se empezó a ver cuestionada “la igualdad” que supuestamente nos caracterizaba como país (Tiramonti, 2007). En la actualidad el mencionado proceso de segregación se ha profundizado de tal manera que numerosos estudios lo describen como una verdadera “fragmentación” (Tiramonti, 2004). Tanto es así que para algunos autores, una de las manifestaciones actuales de la verdadera fragmentación y desigualdad de la sociedad argentina contemporánea es que la divisoria no pasa entre “esta escuela estatal” y “esas escuelas privadas” sino entre el conjunto —privado y público— de escuelas para

pobres, y las destinadas a la escueta franja de los sectores sociales más privilegiados (Neufeld y Thisted, 2010).

3. Una de las personas con las que hablé durante mi investigación es Omar. Él pasó por un colegio normal nacional entre principios y mediados de la década de 1980. Lo conozco por conocidos comunes “del gremio”, desde el 2004. Omar es un hombre de cuarenta y pico de años que muy tempranamente accedió a un lugar destacado en su profesión: la de historiador. Es profesor invitado en distintas universidades del mundo, investigador independiente de Conicet y “puaner”; es decir, es jefe de trabajos prácticos en la carrera de Filosofía de “Puán”, la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, una institución en la que es muy difícil y requerido obtener un nombramiento rentado, incluso en las categorías iniciales de la docencia.

“Puán” es la calle en la que se sitúa el edificio de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Como en el caso de otras dependencias de esa universidad, ese es el modo en que se las designa en el lenguaje prosaico. Pero “Puán” no alude solo a la localización en la cuadrícula urbana, sino también a una identidad reconocible por carreras, sobre todo entre las más tradicionales: Historia, Filosofía, Letras. Para alguien que viene de un barrio del segundo cordón del conurbano, ese universo puede resultar inaccesible, dado el modo específico en que se consagran ciertos saberes que la escuela pública no enseña, y por la vigencia de ciertos modales que pautan la sociabilidad de forma singularísima. “El gremio”, por su parte, es el modo en que nombran algunos historiadores a un conjunto que incluye también a filósofos y sociólogos muy reconocidos; personas que se doctoraron o como dice la fórmula tuvieron “méritos equivalentes”, dueños de vidas cosmopolitas, usuales invitados a universidades europeas y norteamericanas.

Una de las escenas en la que quiero detenerme tuvo lugar cierta vez en que yo oficiaba de dueña de casa; un almuerzo con algunas personas “del gremio”, todos historiadores menos quien habla. Omar allí se mantuvo muy serio, e hizo intervenciones muy acotadas, como sopesando cada palabra que decía. El hecho es que el modo de hablar, la tensión y lo sombrío de su semblante mostraban a alguien a quien, durante esas horas que le habrán resultado eternas, el ánimo alegre y bromista del resto de los invitados no parece haberle ayudado a relajarse. No es que yo fuese tampoco la personificación de la “soltura” que sí parecía sobrarle al resto. La actitud de Omar me sorprendió porque previamente yo había compartido otros encuentros con él y todo fue alegre y relajado.

La vez siguiente en que lo encontré fue en otro evento, algunos años después, en 2013, en una ceremonia en la Academia de Historia, una institución que con mucho esfuerzo viene intentando incorporar criterios no elitistas para seleccionar a sus miembros. En esa ocasión se celebraba la membresía de nuestro conocido en común. Allí, unos minutos antes de que terminara el acto, Omar se fue, apurado, serio y sin saludar a nadie, para mi pesar, dado que yo contaba con su compañía en esa instancia difícil de sociabilidad.

En diciembre de 2016 nos volvimos a ver, luego de que aceptó mi propuesta de entrevista, en un café en el centro de la ciudad. En esa charla hablamos de lo que le ocurría en los encuentros de sociabilidad con sus colegas de una generación mayor, y vinculó lo que él llamó su “incomodidad” a su origen, que en sus términos se traduce en “una diferencia de clase” respecto de algunos de sus colegas: una infancia en Laferrere, Partido de La Matanza; una familia de cinco hermanos a cargo de una madre trabajadora manual (costurera), a la que su marido, trabajador de la construcción, abandonó sin dejar rastros.

Los padres de Omar no accedieron a una educación formal sostenida en el tiempo; “Mi vieja empezó el primer año del secundario y dejó, y mi viejo no terminó la primaria”, me dijo. De ahí que tuvieran que dedicarse a actividades de alta rotación, generalmente informales y mal remuneradas.

Ante esa situación, su mamá pensó en dos posibilidades: una, que su hijo mayor entrase a un liceo militar, o apostar a un colegio público. El Nacional de San Justo era considerado el mejor colegio de La Matanza. Aprobar el examen de ingreso (que era lo que auguraba la formación “más interesante” dentro de la oferta educativa de la zona) parece haber sido para él “una apertura hacia algo bueno”.

“Iba gente de Ramos Mejía, pero San Justo era otra cosa, otros códigos, otra sociabilidad, otro nivel de consumo, de capacidad económica [menor]...Yo sentía esa diferencia”. Cuatro años después de nuestro encuentro en El gato negro, en un intercambio de mensajes por Facebook, Omar, interesado por la cuestión de, en sus términos, las “jerarquías cromáticas” que apareció en una cita de un paper mío, me comentó que fue en la secundaria que “el ser un ‘negro’ le “fue hecho sentir” más explícitamente; mucho más que en la universidad”. No es que el ingreso a la universidad haya sido fácil. No lo fue, pero por otras razones. “Era un viaje muy largo,

yo estaba trabajando en la construcción, me cortaba mucho”, “no tenía amigos de cuya experiencia hubiera podido aprender”. “Los únicos estudiantes de mi barrio fuimos nosotros”. Tres años antes de empezar a estudiar Historia comenzó a cursar la carrera de Bibliotecología en *Puán* y muy pronto a trabajar de eso. Estudió mucho y se incorporó a “algo que da *Puán*”: la formación en grupos de lectura. Así entabló relaciones de amistad y de militancia. Pese a ser “el más proletario de todos”; se empezó a sentir cómodo con la vida intelectual. Gracias a todo eso “pegó un salto”.

Por eso, la incomodidad profunda aparece cuando advierte, luego de haber sorteado tantos obstáculos, ciertos gestos que él lee “como un índice de esa diferencia social, incluso en un ámbito bastante igualitario como es el de Filosofía y Letras”. Se trata del manejo de las risas y las sonrisas, o el chiste y las bromas”. Lo lee como “un instrumento de diferenciación; quien hace bromas se sitúa en un plano de superioridad social, eso es al menos lo que yo sentía”. ¿Por qué? Porque “en la manera de burlarse yo veía una cuestión de clase. No voy a dar nombres, pero yo notaba que en gente que se reía y sonreía o ironizaba, estaba marcando una diferencia: *habitus*”. Omar, a diferencia de los otros actores de mi etnografía, habla de la incomodidad en tiempo presente, a propósito de encuentros en los que no hay esfuerzo gestual que suture la distancia social que siente, o que le hacen sentir, que para el caso es lo mismo. Por lo mismo, hacer un esfuerzo es peor, dado que no hay una buena manera de sortear individualmente “un estigma que es de carácter colectivo” (Beaud, 2002:106) y que lo precede. Quizás las bromas o la risa de ciertos colegas le resulten ofensivas porque le muestran cierta soltura y despreocupación a alguien a quien ciertas circunstancias lo llevan a permanecer en vilo. Divertirse, “have fun”, ser “relajado”: una actitud vista como una virtud por personas que pueden permitirse serlo, podrían ser modos eufemizados, y por ende de una enorme violencia simbólica para quienes se encuentran en una situación de autoobservación y observación de los otros, como la que implica un recorrido ascendente en el espacio social. Esto es así dado que allí interfieren como enormes obstáculos a superar jerarquías de clase, raciales y de género, a veces superpuestas, que el movimiento democratizador protagonizado por las mayorías de origen inmigratorio de ultramar, urbanas y “blancas” no desactivó<sup>3</sup>. Son modos no siempre conscientes de

---

<sup>3</sup> Me refiero a “raza” no como un concepto de la antropología física sino como concepto sociológico. Roger Bastide (Nimes, 1898-1974) estudió comparativamente las diversas formas que ha adoptado el racismo en las diferentes sociedades y el modo en que se articuló con “otras formas de justificar la separación y la explotación” (1973:6). Así, por ejemplo, “el racismo en

erosionar la confianza, relevantes porque como ha mostrado el estudio de la afectividad, generan sensaciones que funcionan como “límites de lo social que muestran que lo social es limitado” (Macón, 2015) para los que “dieron el salto” y excepcionalmente traspasaron varias barreras a la vez, que pese a su gracia, su mérito o su talento, siempre están más en riesgo de una eliminación o autoeliminación, no por silenciosa menos dramática, aunque no entren en las evaluaciones a gran escala que piensan a nuestra sociedad como no tan igualitaria desde hace solo veinte años.

## **Bibliografía**

Bastide, Roger (1973) *El próximo y el extraño*, Amorrortu.

Beaud Stéphane (2002) *80 % au bac... et après ? Les enfants de la démocratisation scolaire*, París, La Découverte.

Becker, Howard (2011) *Manual de escritura para científicos sociales, cómo empezar y terminar una tesis, un libro o un artículo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Bertrand Julien et al. (2016) “Introduction. Les classements dans les institutions de Formation”, *Sociétés contemporaines* vol.2, n° 102.

Bourdieu, Pierre [1989] (2013) *La Nobleza de Estado. Educación de elite y espíritu de cuerpo*, Buenos Aires, siglo XXI.

Bourdieu, P. J. -C Passeron (2017) *La Reproducción. Elementos para una teoría del sistema educativo*, Buenos Aires, Libro digital, EPUB, Biblioteca Clásica Siglo XXI Editores.

\_\_\_\_\_ (1964), *Les Héritiers*, Minuit, París.

Di Virgilio, María Mercedes; Guevara, Tomás y Arqueros Mejica, Soledad (2015) “La evolución territorial y geográfica del conurbano bonaerense” en Kessler, Gabriel (Dir.) *El Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, UNIPE/EDHASA.

---

Francia [el de] Gobineau y Lapouge (...) trataba de una doctrina aristocrática destinada a racionalizar prejuicios de clase más que prejuicios de raza. Se trataba de mostrar que los campesinos y los proletarios merecían su situación inferior en la industria por el hecho de pertenecer a razas braquicéfalas morenas, mientras que todas las elites, en especial las urbanas y las intelectuales pertenecían a las razas de los dolicocefalos rubios (Bastide 1973: 6).

Dukuen, Juan (2018) *Habitus y dominación en la antropología de Pierre Bourdieu. Una crítica desde la fenomenología de Maurice Merleau-Ponty*, Buenos Aires, Biblos.

Fuentes, Sebastián (2015) “La formación moral de los jóvenes de elite en circuitos de educación privadas en Buenos Aires”, *Pro-Posições* | v. 26, n. 2 (77) | mai./ago. 2015

Ginzburg, Carlo (2014) “Microhistoria: dos o tres cosas que se de ella” en *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Macón, Cecilia y Solana, Mariel (eds.) (2015) “Introducción” *Pretérito indefinido Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado*, Buenos Aires, Título

Pasquali, P y Poupeau, F. (2017) « La reproducción, o el desencanto liberador » en Bourdieu, P. y Passeron J-C., *La Reproducción. Elementos para una teoría del sistema educativo*, Buenos Aires, Libro digital, EPUB, Biblioteca Clásica Siglo XXI Editores.